

AL AMAUTA

Mirla Alcibíades

Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos

Yo lo llamaba así, Amauta, y siempre estuve convencida de que vio con naturalidad que me dirigiera a él de esa manera. Pero, al mismo tiempo, sé que mi actitud estaba lejos de cualquier petulante engreimiento (que, de existir, se ampararía en el hecho de que había sido mi profesor en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela) y era más bien un gesto de complicidad académica nacida de conversaciones que tenían a Mariátegui como presencia recurrente.

Por ese tiempo de la primera visita de Antonio a Caracas comenzábamos —en la Escuela de Letras y en el CELARG— a conocer sus planteamientos referidos al carácter heterogéneo de nuestras literaturas. Entonces a esa estudiante que estaba en trance de preparar su trabajo de grado sobre el pensamiento crítico-literario del autor de los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* le pareció natural someterlo al atropello de sus irreflexivos, latosos y mal hilvanados interrogatorios sobre el pensador causante de sus desvelos. Sus respuestas siempre fueron afables, atinadas y muy estimulantes, como que venían de un verdadero maestro.

Con el tiempo nos fuimos encontrando en varios lugares y en distintos foros, y siempre hubo el momento para la conversación. Su conversación, por más académica que fuera, siempre estaba salpimentada de ocurrencias, genialidades, y aun de confidencias que, en tono ya no de profesor sino de colega (gentilezas de su parte), solía hacerme. Tenía el arte de escuchar sin ser pasivo, de opinar sin ser intruso, de ilustrar con un chiste agudo y oportuno la situación conversada, y de confiar sus preocupaciones con deslumbrante sencillez y sin protagonismos.

La última vez que lo vi fue, como la primera, en Caracas, en ocasión del XXXI Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Ya sabía yo que estaba muriendo, pero ése no fue el asunto que lo llevó a hacer un aparte para conversar conmigo. Ahora no era yo quien le planteaba sus inquietudes y expectativas. En ese momento era él quien buscaba un interlocutor, esta vez para

volver sobre el planteamiento recurrente en sus últimos trabajos: el estado actual de los estudios sobre la literatura de América Latina.

En un momento de su monólogo (esta vez no lo interrumpí y opté por lo más indicado: oírlo) se animó a hacerme una confesión (ésa fue, justamente, la palabra que utilizó), porque la consideró necesaria: me decía que cada vez se convencía más de que las relaciones de amistad intelectual se le venían convirtiendo en gestos imposibles. La mayoría de los colegas con los que estaba en contacto permanente parecían apostar a un ejercicio profesional con el que estaba en desacuerdo, desacuerdo que se cuidó de plantear aguda (y demoledoramente) en sus últimas reflexiones.

En ese instante me lo dijo (palabras más, palabras menos): “en el medio académico tuve (tengo) tres amigos a quienes me une la coincidencia de un proyecto de vida. Te los voy a nombrar en un orden no medido por el afecto: Ángel Rama, Nelson Osorio y Raúl Bueno”. No le pregunté razones ni él me las dio. Sabíamos.

En instantes como éste, cuando no quiero dejar de recordarlo, opto por fijarlo en este episodio que, en lo que me concierne, se va pareciendo cada día más a un compromiso.